

## LA TRANSMISIÓN DEL EVANGELIO DEL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

JOSÉ NORIEGA BASTOS  
FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO  
MADRID

### I. EVANGELIZACIÓN Y MATRIMONIO

La labor evangelizadora de la Iglesia pretende ofrecer la respuesta de Dios a la gran pregunta humana. Esta pregunta resuena en el corazón de todo hombre y hace referencia a una cuestión decisiva de sentido: esto es, ¿quién soy yo? Más aún, ¿quién quiero llegar a ser? ¿Cuál es mi felicidad? Estos interrogantes se desglosan en diversos ámbitos, afectando de manera esencial a la relación hombre-mujer: en ella la cuestión se plantea en los siguientes términos: ¿qué tiene que ver la sexualidad con mi felicidad, con mi plenitud humana? ¿Cuál es el sentido de la sexualidad?

Cuando la Iglesia se acerca al hombre de inicios del siglo XXI para anunciarle la respuesta se encuentra con grandes dificultades en la transmisión de su fe, de las certezas que ha recibido de Cristo acerca del matrimonio y la familia. Es preciso individuar claramente el origen de estas dificultades. Estas no son fruto, desde luego, de la sola fragilidad del hombre por cuanto le cuesta más o menos vivir conforme a la respuesta del Señor. Ya el mismo Pedro se lo hizo notar a Cristo tras su negativa al divorcio (Mt 19,10). Tampoco la dificultad actual se encuentra principalmente en el rechazo ante ciertas cuestiones particulares de la propuesta moral de la Iglesia respecto de la sexualidad como podía suceder en los años 60 y 70. La dificultad es mucho más honda, porque hace referencia a una pérdida radical del sentido personal y vocacional inscrito en la corporeidad humana, por lo que se llega a ofrecer una antropología alternativa según la cual cada uno podría dotar de significados diversos su sexualidad, quedando ésta reducida a una pura op-

ción. La vivencia de la sexualidad y la paternidad que implica se convierten en un proyecto privado<sup>1</sup>.

Con este planteamiento se ha perdido el sentido de su grandeza, y por lo tanto de su misterio. Vivida como una pura opción, dejada al propio arbitrio, acaba siendo dominada por el hombre y con ello pierde su capacidad de sorpresa, de imprevisto, de fascinación, de esperanza. No es difícil constatar en nuestros contemporáneos el extraño aburrimiento que suscitan sus propias relaciones amorosas.

¿Dónde está, pues, la novedad ante la que se encuentra la nueva evangelización respecto del matrimonio y la familia? Sencillamente, en la ausencia de pregunta, más aún, en la ausencia de un sujeto que se interroge y sea capaz de entenderle<sup>2</sup>. La sexualidad ha dejado de ser un misterio que interpela al hombre sobre sí mismo y sobre su destino. Le basta con usarla, y para controlar su uso y sus consecuencias, ideará diversos medios que le permitan una higiene sexual e incluso mental.

Pero ahí está, fascinante siempre y llena de sentido, la experiencia del enamoramiento. Por más que su vivencia posterior pretenda olvidarlo y reducirlo, ningún hombre podrá negar lo que implicó para él el descubrimiento y manifestación del primer amor correspondido. Esta experiencia despierta siempre preguntas nuevas que la Iglesia evangelizando pretende responder en nombre de Dios.

Aquí se encuentra, sin duda, una de las aportaciones más decisivas del documento *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* que ha publicado la Conferencia episcopal española: esto es, reconducir a la persona a una interpretación verdadera de su propia experiencia del amor a la luz de la revelación<sup>3</sup>. No en vano las palabras con las que inicia su reflexión recogen el texto de *Redemptor hominis* 10: "El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente". Con ello pretende regenerar la verdadera esperanza en las familias y en la socie-

---

<sup>1</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Discurso pronunciado el 27 agosto de 1999*. Véase al respecto también A. SCOLA – L. MELINA, "Profezia del mistero nuziale. Tesi sull'insegnamento di *Humanae vitae*": *Anthropotes* 14 (1998) 155-172.

<sup>2</sup> Cf. L. MELINA, *Moral, entre la crisis y la renovación* (Barcelona 1996) 22-25.

<sup>3</sup> N. 52: "Será en la experiencia del amor donde se hace viva y comprensible para cada hombre la vocación originaria a la que Dios le llama"; n. 53: "Es en esta relación donde se descubren los significados fundamentales del cuerpo sexuado".

dad. Pero ¿qué revela el amor en la vida de una persona? ¿Cómo puede ser iluminada por la fe esta experiencia? Las consecuencias que este camino emprendido tengan en la evangelización sobre los temas de matrimonio y familia es lo que el presente artículo pretende abordar.

## II. EL SENTIDO DE LA RELACIÓN HOMBRE-MUJER

En la relación hombre-mujer nos encontramos ante una experiencia originaria: esto es, la mutua atracción que desvela dinamismos insospechados en la vida de la persona y en los que la persona tiene experiencia de su propia unidad y dualidad. La sexualidad, con toda la riqueza de aspectos que genera, aparece entonces no simplemente como una determinación biológica del cuerpo, sino como una dimensión de toda la persona, ya que involucra su misma intimidad y libertad. Para poder entender su sentido es preciso ver en qué manera está en juego la persona misma como tal.

La primera experiencia de la sexualidad aparece en el deseo. Gracias a la diferencia sexual se produce una atracción mutua entre el hombre y la mujer. En esta vivencia la persona percibe que no se enfrenta ante "algo", esto es, una fuerza biológica o psicológica que deba simplemente dominar, sino que en tal vivencia a la persona se le anuncia una novedad de sentido en su vida que hace referencia a ella en cuanto persona corporal<sup>4</sup>. Interpretar el sentido del deseo es una tarea ante la que todo hombre se ve ineludiblemente ligado.

Indudablemente todo deseo implica una intencionalidad en cuanto que tiende a determinados bienes, corporales, afectivos, espirituales, que convienen con las situaciones en las que se encuentra. Pero el sentido de esta intencionalidad no lo percibirá hasta que descubra en la vivencia de la atracción la interpelación de otra persona. Sólo así podrá entender que el deseo y la experiencia que implica está dotada de un significado propio que reclama su libertad.

Para apreciar este aspecto es preciso no seguir en primer momento la intencionalidad del deseo, que como la corriente impetuosa de un río nos impulsa a una unión singular. Si remontamos, por el contrario, esa corriente llegaremos a la fuente de donde el deseo mana. Allí, en el origen mismo del deseo, nos encontramos con un don originario por el que fueron enriquecidas

---

<sup>4</sup> Cf. G. ANGELINI, "La teología morale e la questione sessuale. Per intendere la situazione presente", en AAVV., *Uomo-donna. Progetto di vita*, a cura del C.I.F (Roma 1985) 55.

las personas: este don fue un acontecimiento concreto en su vida, por el que una persona distinta de uno mismo pasó a formar parte de su propia interioridad e intimidad: aquel acontecimiento fue el don de una unión primera, precaria pero rica en significado. Ya los clásicos denominaron esta primera unión con el término *amor*<sup>5</sup>. De esta manera todo deseo se ve precedido por un don previo en donde encuentra su sentido. ¿Por qué deseo tal bien? Sin duda alguna la respuesta hace referencia a una experiencia previa de la que nace todo deseo concreto. Tal hecho se nos revela de una importancia fundamental, ya que si el deseo es precedido por un amor, todo deseo podrá valorarse por la verdad del amor que lo precede.

Para poder entender qué es lo que el hombre ha recibido como don, podemos acudir a aquel pasaje bíblico que contiene lo esencial de lo que el hombre debe saber de sí mismo, cuando narra cómo Adán, viviendo sólo en un paraíso donde él era el rey, no encontraba ayuda adecuada en ninguna criatura, por lo que se sumía en la tristeza del sueño, como queriendo volver a la nada de la que vino<sup>6</sup>. Sólo ante Eva salió de su mutismo con aquella exclamación: “¡Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos!” (Gn 2, 23), con la que quería expresar la belleza enorme y la dignidad de lo que había encontrado. Es ella, la mujer, la que revela al hombre su identidad más profunda y su dignidad sin igual ante un mundo de cosas<sup>7</sup>: es ella la que le dice a todo hombre cuánto vale su vida y cómo no puede reducirla al mero tener, al mero poseer, al mero dominar. Ella es un regalo insospechado de Dios, porque no era bueno que el hombre estuviese solo.

Es este regalo de Dios el que hace nacer en el hombre la esperanza de una existencia nueva vivida en comunión con otra persona, más allá de los límites de la propia familia: “Por ello dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne” (Gn 2,24). Así, la mujer revela al hombre no sólo su dignidad sin igual entre todos los seres de la creación, sino también el sentido último por el cual Dios le trajo a la existencia: no para existir entre un mundo de cosas, sino para crear una comunión de personas, llegando a ser una sola carne. Josef Pieper ha intentado traducir la expresión de Adán, primer canto de la humanidad, al lenguaje

---

<sup>5</sup> El mismo S. TOMÁS DE AQUINO, *STh.* I-II, q. 26, a. 2, y q. 28, a. 1, con sus fuentes en Aristóteles y el Pseudo-Dionisio. Cf. Para la relación entre amor y deseo: L. MELINA, *Cristo e il dinamismo dell'agire* (Roma 2001) 19-35.

<sup>6</sup> Cf. la reflexión sobre la soledad que hace JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creo* (Madrid 2000) 91-96.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, 110-113.

moderno: aquella expresión equivaldría a decir: “¡qué bueno es que tú existas!”<sup>8</sup>, qué bueno es que exista alguien como tú, a quien escuchar y por quien ser escuchado, a quien entregarse y a quien recibir en un amor fecundo, comunicativo de la riqueza que vive. Por ello debe completarse con esta otra: “¡qué bueno sería existir junto a ti formando una familia!”. En esta expresión se puede descubrir la vocación al amor que Dios ha inscrito en la naturaleza de cada persona y en la que alcanza su sentido.

La experiencia de la atracción de la mujer le revela al hombre el don que ella es para él, ya que le hace salir de la soledad en la que se encuentra. La sexualidad hace vulnerable a la persona impidiéndola cerrarse en la pobreza de su soledad. Gracias a ella la persona se proyecta en una comunión absolutamente original que implica su libertad misma, ya que, dándosele en promesa, es preciso que la persona crea en esa promesa y la vaya construyendo en su vida. Se nos revela así el sentido humano del cuerpo sexuado en cuanto posee un “significado sponsal”: “El cuerpo, a través de la propia visibilidad manifiesta al hombre y, manifestándolo, sirve de intermediario, es decir, hace que hombre y mujer, desde el comienzo, comuniquen entre sí según esa *communio personarum* querida por el Creador precisamente para ellos”<sup>9</sup>. La persona humana, por lo tanto, en cuanto persona corporal, posee una cualidad comunal, ontológicamente abierta a la comunión con el otro<sup>10</sup>.

La originalidad propia de la comunión a la que llama la experiencia del enamoramiento es que se trata de una comunión de personas, esto es, que implica radicalmente su libertad. El sentido del amor sólo se desvela cuando se descubre en la experiencia emotiva la interpelación de otra persona<sup>11</sup>. Se trata de una llamada a salir de la soledad para formar “una sola carne”, que sólo en la donación libre y total de sí mismos podrá realizarse.

La experiencia del amor posible por la diferencia sexual, por lo tanto, revela al hombre aspectos decisivos de su identidad y de lo que está llamado a ser: ser hijo, para convertirse en esposo y así llegar a ser padre<sup>12</sup>. Gracias a

---

<sup>8</sup> J. PIEPER, *Sull'amore* (Brescia 1974) 36: “Todavía una vez más: el test del amor no es: ¿encuentras al otro simpático, capaz, cariñoso? Más bien, el test del amor es: ¿Estás de acuerdo con que el otro exista, o tienes algo en contra? ¿Llegas a decir honestamente: ¡qué bueno es que tú existas!?”

<sup>9</sup> Cf. JUAN PABLO II, o. c., 113.

<sup>10</sup> Cf. A. SCOLA, *Hombre-mujer. El misterio nupcial* (Madrid 2001) 52-64.

<sup>11</sup> Cf. ANGELINI, o. c.

<sup>12</sup> Véase al respecto A. SCOLA, o. c., 307-329.

esta experiencia puede el hombre formar un ideal de vida buena que dé unidad a su conducta superando la parcialización y dispersión propia de un sentimiento no interpretado o incluso reducido a su dimensión fisiológica como ocurre en la reflexión romántica o freudiana. Sólo una interpretación verdadera del significado del sentimiento permite descubrir el valor simbólico de las experiencias de placer, en cuanto refleja en sí mismo la riqueza subjetiva del ideal de vida buena en la comunión de personas<sup>13</sup>.

Pero en el pasaje que nos sirve de clave interpretativa de la experiencia humana del amor, aparece otro elemento decisivo. Y es que la experiencia que Adán tuvo con Eva fue posibilitada por Dios mismo. Con ello se nos revela que el amor de Dios es la fuente última del amor humano, ya que es Él quien hizo vulnerable al hombre y le quiso dar una compañera adecuada a su dignidad. Es así como se entiende que en la experiencia de amor se perciba la capacidad de infinito del corazón humano y a la vez su comunicación al hombre. Se nos revela, por lo tanto, que Alguien nos invita a salir de nosotros mismos y mueve nuestra libertad<sup>14</sup>. El amor es un don, el primer don que el hombre recibe, cuyo primer dador es Dios mismo, que regala la mujer al hombre y el hombre a la mujer: es Él quien une en matrimonio haciendo de dos personas una sola carne.

Esta experiencia de Dios en la propia experiencia del amor entre un hombre y una mujer es decisiva, ya que ella es la que nos permite reconocer que la entrega que funda la novedad de su matrimonio no es producto de la voluntad de los cónyuges, ni tampoco un mero proyecto suyo. Los esposos “consienten” ¿a qué? Principalmente a un modo relacionarse que es visto como bueno, justo, incluso grato a Dios, precisamente en la experiencia de enamoramiento<sup>15</sup>. En esta experiencia se les revelan aspectos que ellos ven que no dependen de su voluntad. “Consienten” con un proyecto que no es suyo, sino del Creador; que ellos no ponen, sino que acogen como una forma excelente de vivir, esto es, plenamente humana.

---

<sup>13</sup> Cf. N. J. H. DENT, *The Moral Psychology of the Virtues* (Cambridge 1984) 35-63, 130-151.

<sup>14</sup> Cf. A. SCOLA, o. c., 126-129.

<sup>15</sup> Cf. G. ANGELINI, o. c., 53-56.

### III. EVANGELIZACIÓN Y CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO MORAL: DEBILIDAD DEL AMOR Y SU FORTALEZA

Quizá podría parecer que los análisis hasta ahora realizados fueran análisis que no tuvieran en cuenta la complejidad concreta de la experiencia del amor. Ciertamente, se trata de una experiencia sumamente enriquecedora de las personas. Pero también sumamente difícil y contradictoria. La experiencia del fracaso en el amor es de suma importancia, porque ella nos revela que no bastan las buenas intenciones, no basta el sentimiento de amor, ni siquiera la decisión de la voluntad. Al implicar a la persona en su totalidad unificada de alma y cuerpo, la construcción de la comunión de personas requiere una singular integración de todos los dinamismos humanos que la hagan verdaderamente capaz de amar en lo concreto de su existencia, esto es, de construir una verdadera comunión interpersonal en acciones concretas que expresan su interioridad.

Este aspecto ha sido resaltado con fuerza y valor por el documento *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*. Con ello apela a un elemento esencial de la evangelización, ya que ésta se dirige no solamente a la transmisión de unos contenidos de fe, sino a la configuración o “conformación” de la subjetividad de las personas, ya que trasmite una vida, la vida de comunión trinitaria que el Hijo de Dios vivió en su carne. Afirma así el documento: “La integración de las tendencias somáticas y afectivas se denomina virtud de la castidad. En cuanto tal, no significa en modo alguno represión del instinto o del afecto por la continencia o ausencia de relaciones sexuales y afectivas. Se trata más bien de ordenar, reconducir, integrar los dinamismos instintivos y afectivos en el amor a la persona. La castidad es la virtud que permite asegurar el dominio del propio cuerpo para que sea capaz de expresar con plenitud la donación personal”<sup>16</sup>.

La dificultad con la que nos encontramos hoy para entender el sentido de esta virtud radica en la desfiguración de las virtudes que tuvo lugar como consecuencia de la reducción de la filosofía moral a ética normativa en el racionalismo<sup>17</sup> y que ha culminado en la sobrevaloración de una única virtud, la de la voluntad, en cuanto determinación de la misma a seguir las normas morales<sup>18</sup>. La instrucción, por el contrario, situándose no en una ética norma-

---

<sup>16</sup> Cf. *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* n. 55. Ver también el n. 54 y 168.

<sup>17</sup> Cf. A. MACINTYRE, *Tras la virtud* (Madrid 1987).

<sup>18</sup> Cf. G. ABBÀ, *Felicità, vita buona e virtù* (Roma 1989) 65-67.

tiva, sino en una ética de la vida buena y valorando lo que en ella supone la sexualidad humana, individúa una de las dificultades centrales que afectan a la vivencia del amor; su debilidad. Con ello recoge la gran tradición cristiana que ha visto la castidad como la virtud del amor, en cuanto que favorece una singular integración de la persona que la dirige intencionalmente a aquella comunión de personas prometida en la experiencia del amor por cuanto ha plasmado en los diversos dinamismos humanos tal ideal de vida buena.

Es así como se puede entender la grandeza y el sentido de la visión agustiniana que reconduce las distintas virtudes al amor, por lo que la castidad resultaría ser “el amor íntegro que se entrega a aquel que ama”<sup>19</sup>. Construir la comunión conyugal requiere individuar cauces de acción en los que alcanzar una mutua comunicación. Para ello se precisa una verdadera luz que ayude a inventar acciones excelentes. Las virtudes, al poseer en sí mismas un elemento afectivo plasmado por la razón, se convierten en reveladoras del verdadero bien de las personas, ya que permiten un conocimiento por connaturalidad tanto de la persona amada como de las acciones que favorecen la comunión de ambos. La prudencia, en cuanto “amor inteligente”, obtendrá la luz necesaria para gobernar la vida y conducirla a su plenitud precisamente de la reacción de una afectividad virtuosa centrado en el bien de la persona amada. Por ello, las virtudes son las verdaderas “estrategias del amor”<sup>20</sup>.

Con ello no se pretende eliminar el elemento normativo, sino redimensionarlo dentro del dinamismo del amor verdadero. En la transmisión de la fe sobre el matrimonio y la familia el elemento normativo tiene un papel pedagógico de primer orden, siempre y cuando haga referencia al bien que quiere salvaguardar. Las normas morales expresarán de esta manera los límites infranqueables de una vivencia humana del amor. Más allá de ellos no podremos afirmar que estamos amando verdaderamente a la persona.

Uno de los momentos más delicados para la maduración y fortalecimiento del amor es el tiempo del noviazgo. En él es preciso reconducir a los novios a que verifiquen la verdad de sus experiencias<sup>21</sup> y sean capaces de integrarlas en una plenitud de sentido mayor<sup>22</sup>.

---

<sup>19</sup> S. AGUSTÍN, *De moribus Ecclesiae catholicae* I, XV, 25.

<sup>20</sup> Cf. P. WADELL, *The Primacy of Love* (New York 1992) 90.

<sup>21</sup> Cf. K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad* (Madrid 1979).

<sup>22</sup> Cf. J. NORIEGA, “Preparación próxima al matrimonio: acompañamiento a los novios en su itinerario de fe y de maduración vocacional”, en CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA-CEAS, *Preparación al matrimonio cristiano* (Madrid 2001) 245-261. Ver también A. SCOLA, o. c., 469-478.



#### IV. EL AMOR DE CRISTO Y EL MATRIMONIO.

La experiencia del amor, como hemos visto, revela al hombre aspectos decisivos en su vida. Ahora bien, si profundizamos aún más en la realidad del amor conyugal tal como es vivido por los cristianos, y nos preguntamos sobre el origen de las características que especifican la comunión conyugal, como son la exclusividad, la totalidad y la fecundidad, descubriremos el manantial del que proceden y la fuente de su belleza última.

Los esposos cristianos comprenden que su amor no se agota en sí mismos, que la riqueza del amor de Cristo, quien se entregó por amor, tiene una palabra esencial que decir sobre lo que es el amor esponsal. No en vano el Señor dijo a todos sus discípulos: “amáos unos a otros como yo os he amado” (Jn 13, 34) y en la calidad de ese amor estribaba el reconocimiento de su identidad: “en esto conocerán que sois mis discípulos: si os amáis como yo os he amado” (Jn 13, 35) . Este amor afecta de lleno al más próximo que es el cónyuge. Veamos cómo.

Acabamos de ver cómo la comunión conyugal de los esposos es un don de Dios al hombre: porque Dios regala Eva a Adán haciendo de dos uno. Pero al ser los esposos “cristianos”, hijos de Dios por la vocación bautismal, su mutua entrega queda dentro de la economía sacramental, por lo que su amor es también más profundamente una participación del amor de Cristo por su Esposa la Iglesia. Por ello es un “sacramento”, un signo que no sólo significa, sino que actualiza de una forma eficaz ese amor y lo hace realidad en la carne de los esposos. Con este planteamiento sitúa la Instrucción sobre la familia la cuestión de la unidad del amor humano y su papel en la economía sacramental, evitando una consideración extrínseca de la misma<sup>23</sup>.

Cuando dos novios cristianos se casan “en el Señor” son hechos partícipes del amor de Cristo en un modo singular. Ser hecho partícipe no quiere decir “tomar una parte”, como si “algo” del amor de Cristo pasara al cristiano: es algo mucho más radical, porque el amor de Cristo no se parte, sino que se actualiza todo él entero en los cónyuges.

Cristo es la fuente del amor, y lo es porque nos ha amado hasta el extremo, en totalidad. De su corazón humano abierto en el Calvario salió toda la sangre que contenía. No es posible pensar un amor más grande: él realiza en sí mismo la plenitud del amor y de la entrega, la plenitud de ser hombre. Casarse en el Señor lo que indica es “hacerse partícipe de su amor, de su

---

<sup>23</sup> *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, n. 86-87

entrega”<sup>24</sup>. No se trata primeramente de imitar a Cristo, ni de tomar una parte de su amor, sino fundamentalmente de amar con el mismo amor con que él nos amó: “para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo también en ellos” (Jn 17, 26). Hay un don que precede, todo un amor de Dios Padre que se nos regala y que impide considerar nuestro amor y el matrimonio cristiano primeramente como una tarea a realizar. Todo matrimonio, antes de ser una tarea es un don de Dios.

Pero ¿cómo alcanza este don a los cónyuges? Les alcanza precisamente en el día de su boda, a través de la celebración sacramental en la que el Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, es derramado en el corazón de los cónyuges y los purifica, los santifica, los hace participes del amor esponsal de Cristo que se entrega en la cruz y de cuyo costado nace la Iglesia, su Esposa, como antaño del costado de Adán nació Eva.

La Carta a los Hebreos (9, 14) nos descubre cuál es el origen último de la entrega de Cristo en Cruz, qué es lo que movía al Hijo de Dios a entregarse como hombre por nosotros. Lo que le movía no era algo, sino Alguien, el Espíritu Santo<sup>25</sup>: aquel mismo Espíritu que antaño constituyó la comunión personal del Verbo con la carne en el seno santo de la Virgen María; aquel mismo Espíritu con el que fue ungido en su carne el Hijo en el Jordán y que desde entonces habitaba en el Verbo guiando su humanidad y moviéndole a realizar actos para la salvación del hombre<sup>26</sup>: aquel mismo Espíritu que en la noche de Getsemaní imploró en agonía y que le fue dado en su carne débil (Mc 14, 38), y aquel mismo Espíritu que, expirando, entregó al Padre y, resucitado, derramó en los apóstoles.

Aquel mismo Espíritu que movía a Cristo al don de sí mismo en la Cruz por su esposa la Iglesia es el mismo Espíritu que en el día de sus bodas desciende sobre los esposos para que ellos puedan hacer de su vida un don de sí mismos, una acogida y una entrega. En la solemne “bendición nupcial”, durante el rito del matrimonio, el celebrante implora al Señor: “Infunde sobre los novios la gracia del Espíritu Santo a fin de que, en virtud de tu amor de-

---

<sup>24</sup> Cf. C. CAFFARRA, “Fondamenti dottrinali della famiglia”, en A. LÓPEZ TRUJILLO - E. SCRECCIA, *Famiglia: cuore della civiltà dell'amore* (Città del Vaticano 1995) 41-51.

<sup>25</sup> Cf. A. VANHOYE, “L'Esprit éternel et le feu du sacrifice en He 9, 14” : *Biblica* 64 (1983) 263-274. Comentaré al respecto Juan Pablo II en la encíclica *Dominum en vivificantem* 40: “En el sacrificio del Hijo del hombre, el Espíritu Santo está presente y actúa del mismo modo con que actuaba en su concepción, en su entrada al mundo, en su vida oculta y en su ministerio público”.

<sup>26</sup> Véase al respecto la potente reflexión de IRENEO DE LYON, *Adversus haereses*, en su libro III. Cf. A. ORBE, *Introducción a la teología de los siglos II y III* (Roma 1987).

rramado en sus corazones, permanezcan fieles a la alianza conyugal" (FC 4). Amarse como esposos en el Señor implicará desde entonces amarse con el amor sin límites del Señor, entregando la propia vida por la persona amada.

Cristo, clavado en cruz como un rey en su trono, nos revela la profundidad de su amor al Padre en el Espíritu. Y así, dejando que el soldado le abra el costado, nos desvela en dónde se radica el amor del hombre por la mujer; en el misterio trinitario de la vida divina. Por esta razón el amor de los esposos cristianos puede hacer presente el amor de Cristo: su matrimonio será la presencia del amor de Cristo que se entrega a sí mismo por su Iglesia.

Anunciando el evangelio del matrimonio y de la familia, la Iglesia anuncia a los esposos el amor de Cristo que es participado en modo singular por ellos y de esta forma radica su amor en la verdadera fuente.

## V. MATRIMONIO Y EUCARISTÍA

Pero la integridad del don de amor de Cristo que se entrega por los hombres, permanece presente y disponible en la Eucaristía<sup>27</sup>. El Señor quiso, la noche antes de su pasión, dejar al hombre un signo sacramental de su amor donde se hiciese presente y actual a lo largo de la historia su acto de donación ilimitada. Se trata de la institución de la Eucaristía, con la que en el signo del pan y del vino hace realmente presente su cuerpo entregado y su sangre derramada. Es Cristo esposo que se entrega a su Esposa, la Iglesia, para purificarla, presentándosela a sí mismo esplendorosa, sin mancha ni arruga (Ef 5, 27), como Adán antaño con Eva.

El acto de donación eucarístico de Cristo es de tal potencia que hace partícipe a su Esposa la Iglesia a vivir en la dinámica del don de sí misma. Ello implica que entre la Eucaristía y el matrimonio debe existir un vínculo estrecho (FC 57). Porque la Eucaristía es la memoria de la entrega sin límites del Señor y el matrimonio es la actualización de esta entrega en el amor conyugal de los esposos, que se entregan mutuamente en la donación total de sí mismos, alma y cuerpo. El amor de los esposos en cuanto don de sí mismos puede ahora apoyarse en la entrega de Cristo que se actualiza en la Eucaristía. Y puede apoyarse porque en ella encuentra su fuente que se hace alimento y bebida. La posibilidad de amar como Cristo nos ha amado radica no en las propias fuerzas humanas, sino en la participación sacramental de su amor hasta el extremo, por lo que la "lógica del don" en el matrimonio como

---

<sup>27</sup> A. SCOLA - L. MELINA, "Profezia del mistero nuziale": *Anthropotes* 15 (1998) 166.

sentido y ley propia del amor conyugal es posible gracias al don de la Eucaristía: es la entrega del cuerpo de Cristo la que revela el sentido último de la entrega corporal que realizan los esposos<sup>28</sup>.

La Eucaristía configura así interiormente y vivifica desde dentro el amor conyugal haciéndole partícipe de su mismo dinamismo, de su misma lógica<sup>29</sup>. Esta lógica del don se basa en un “entregarse para enriquecer al otro”, en un “amar primero”, en un “preceder en el amor”. Y aquí el amor humano encuentra que sólo si existe un amor que le precede es posible entregarse sin miedo a perderse, un darse sin miedo a vaciarse, un volver a perdonar sin miedo a ser rechazado.

La parálisis que implica la desesperanza se basa en la debilidad del amor humano, que se encuentra incapaz de construir la comunión que anhela: como si la construcción del matrimonio, de la familia, de la educación de los hijos y tantos aspectos más, fuera una tarea única y exclusiva del hombre, que estuviese en manos de su sola libertad débil. En este momento la libertad se retraería, se paralizaría ante la enormidad de la tarea que se le encomienda.

Pero en modo alguno la libertad se encuentra sola ante un destino inmenso. La libertad humana se encuentra siempre en la historia concreta con la libertad de Dios<sup>30</sup>. Gracias a la Eucaristía la libertad de cada hombre es abrazada por un amor que le precede y que le ofrece una comunión personal, una amistad<sup>31</sup>. El cristiano se encuentra así originalmente inserto, injertado diría el Apóstol Juan, en una comunidad de amor mucho más grande que la que pudiera crear con sus solas fuerzas, porque se encuentra insertado en la comunión trinitaria. Y si se encuentra llamado a amar entregando su cuerpo en el don de sí mismo engendrando una comunidad lo es porque ha sido hecho partícipe de la entrega de Cristo en su Cuerpo.

La Eucaristía se encuentra así en el origen del amor conyugal, como su fuente y como su principio de unificación: los diversos dinamismos que impli-

---

<sup>28</sup> Cf. L. MELINA, “La verdad de la sexualidad humana en el designio de Dios: líneas para una Teología del cuerpo”, en J. LAFFITTE - L. MELINA, *Amor conyugal y vocación a la santidad* (Santiago de Chile 1997) 63-77.

<sup>29</sup> Cf. A. SCOLA, *o. c.*, 368-384.

<sup>30</sup> Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Teodramática 2. Las personas del drama: el hombre en Dios* (Madrid 1992) 191-222.

<sup>31</sup> Cf. J. PÉREZ-SOBA, “Memoria eucarística del dono di Cristo e agire morale”, en L. MELINA - P. ZANOR, *Quale dimora per l'agire? Dimensioni ecclesiologicalhe della morale* (Roma 2000) 111-128.

ca la relación conyugal, la atracción corporal, la armonía afectiva, la decisión de entrega quedan ahora integrados de una forma nueva haciendo que el amor conyugal con todas sus expresiones y manifestaciones se convierta en caridad conyugal, amor santo y santificante.

Y santifica porque la Eucaristía hace partícipes a los esposos de una cualidad del amor de Cristo muy singular. En ocasiones se oye decir que el amor más perfecto es aquel que ama gratuitamente: esto es, amar sin esperar nada a cambio. Ahora bien, ante la fuerza del amor de Cristo en modo alguno podemos entender que su amor no esperara nada, que le fuera igual la respuesta del hombre. Quien ama espera mucho, y lo que más espera es que el don que se ofrece al amigo sea aceptado por él<sup>32</sup>. El amor nos vuelve vulnerables y en ocasiones se sufre mucho cuando se ama al ver que el don no es recibido, que la comunicación no alcanza el verdadero diálogo, sobre todo cuando aquel don perfecto que es el perdón no es acogido<sup>33</sup>.

En la entrega de Cristo entendemos cuál es el amor más grande: esto es, aquel amor capaz de regenerar el amor en la persona que se encuentra cerrada, que es capaz de transformar en amigo al enemigo. San Pablo afirma que “cuando nosotros éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rom 5, 10). Su entrega transforma nuestra enemistad en amistad. Y esto es lo que jamás podrá el solo amor humano, perdonar setenta veces siete y, perdonando, transformar la enemistad en amistad. La caridad conyugal se torna capaz de regenerar las relaciones familiares al fundarse en un amor más grande.

Es así como podemos entender que no es posible vivir la verdad del estado conyugal sin una continua, profunda e intensa contemplación eucarística. Es ahí, ante la Eucaristía adorada y participada en la comunión, donde los esposos entienden la profundidad de la lógica del amor cristiano: entregarse para generar el amor y la amistad en el cónyuge y en los hijos, entregarse para construir un verdadero hogar, Iglesia doméstica vivificada por el Espíritu.

## VI. EVANGELIZACIÓN, ESPERANZA Y EUCARISTÍA

Hemos visto cómo la transmisión de la fe sobre el matrimonio y la familia está llamada no sólo a iluminar la experiencia de amor humano descubriendo

---

<sup>32</sup> Cf. J. PÉREZ-SOBA, *Amor es nombre de persona. Estudio de la interpersonalidad en el amor en Santo Tomás de Aquino* (Roma 2001) 249-312, 369-401.

<sup>33</sup> Cf. J. LAFFITTE, “El perdón entre los esposos”, en L. LAFFITTE - L. MELINA, o. c., 141-155.

su misterio, sino también a construir un sujeto capaz de tal amor. Es así como la Iglesia en su labor evangelizadora podrá regenerar la esperanza. Porque la esperanza precisa un fundamento, de otra manera queda reducida a un mero optimismo o a un sentimiento vacío y cambiante. Este fundamento no puede reducirse a lo que los hombres puedan o quieran realizar por sí mismos. La crisis de la familia hoy afecta a diversos factores: políticos, culturales, sociales, económicos, afectivos, demográficos, pedagógicos, religiosos... El fundamento de la esperanza de la familia no puede ser otro en último término que la Eucaristía, porque en ella encuentra la fuente del amor, su alimento y su bebida. Por ello la Iglesia reconduce a los esposos cristianos a la Eucaristía. La esperanza de la familia es Cristo. Y lo es de cada familia, que con sus problemas y avatares lucha por construir un hogar donde las personas sean queridas y acogidas por sí mismas. La existencia misma de tensiones en tal tarea lo que muestra precisamente es la fuerza de la gracia que pugna por abrirse paso.

Cuando se manifiesten con fuerza estas tensiones en el matrimonio y la familia, es preciso ayudar a los cónyuges a hacer memoria de las grandes intuiciones presentidas y vividas juntos y que se encuentran en el origen de su amor. Aquella intuición por la que cada uno exclamó su propio canto de amor, como Adán, ante el asombro de la otra persona y la belleza de la plenitud a la que le llamaba, hace referencia no a un tipo concreto de vida, sino a un modo concreto de existir; esto es, a un modo de amarse en plenitud, con un amor único y exclusivo, total y fecundo. Si los esposos dejan de mirar a las estrellas que les hicieron salir de su tierra, de su familia, para embarcarse en la aventura más maravillosa que existe, su vida peligra en caer en la desesperanza. La memoria de las grandes intuiciones son decisivas para conservar el rumbo en las borrascas y tempestades.

Por ello quiso el Señor que hiciéramos también *memoria* de su entrega en la cruz y terminó las palabras más decisivas que jamás hombre alguno haya podido pronunciar diciendo: "*haced esto en memoria mía*". La memoria eucarística es la que mantiene la esperanza firme, porque le recuerda al hombre, haciendo presente cada domingo, cada día, la potencia del amor de Dios, que le ayuda no sólo a resistir, sino a luchar con audacia para construir en la realidad cotidiana una comunidad de amor en su propio hogar.

## VII. CONCLUSIÓN

La transmisión de la fe sobre el matrimonio y la familia precisa hoy tomar en cuenta la novedad en la que se encuentra el hombre con el que dialoga.

Se trata de un hombre que vive la experiencia del amor de modo fragmentario, sin ser capaz de interpretar su verdad y significado. Por ello es preciso saber despertar en él el sentido de misterio que encierra la atracción de la persona de sexo diferente.

Ello lo hará iluminando la experiencia humana con la luz de la revelación, con la celebración continua del misterio de la entrega corporal del Señor, y con el testimonio cotidiano de los matrimonios. Lo que es esencial es percibir que de esta forma podrá dar respuesta a la gran cuestión humana sobre la identidad del hombre y su destino: quién soy yo y quién estoy llamado a ser, cuál es mi felicidad. Son cuestiones que en la dimensión esponsal adquieren una fuerza singular. Su evangelio será verdaderamente una buena noticia, porque desvela el horizonte de la vida del hombre en cuanto llamado a una comunión personal y ofrece un principio de unidad nuevo que integra los diferentes dinamismos del amor haciendo a la persona verdaderamente capaz de acoger al otro y entregarse a él construyendo así una comunión de personas abierta a la vida. En la sexualidad humana se esconde, por lo tanto, una dimensión vocacional inscrita por Dios mismo que descubre un misterio fascinante en el que el hombre encuentra el sentido de su responsabilidad, ya que abre a todo hombre al tú de otra persona y al Tú de Dios trino<sup>34</sup>.

Ante esta radicalidad de la revelación que hace la Iglesia a todo hombre, se entiende que la familia no sea un aspecto más de la labor evangelizadora de la Iglesia, sino una dimensión esencial de la misma, como bien ha percibido el documento sobre la familia (n. 165 y s.). De esta forma será capaz también la Iglesia de superar la fragmentación que amenaza su misma evangelización y transmisión de la fe. Esta se radica en el mismo amor esponsal de Cristo que en su fecundidad quiere comunicar la riqueza de su comunión.

---

<sup>34</sup> Cf. A. ROUCO VARELA, "El principio de responsabilidad en la *Humanae vitae*": *Anthropotes* 14 (1998) 205-214.